

Carmen Peire

Cuestión de tiempo



menos**cuarto**

reloj de arena

Colección dirigida por FERNANDO VALLS

© Carmen Peire, 2017

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2017

ISBN: 978-84-15740-49-0

Dep. Legal: P-222/2017

Imagen de portada: ☺ Detalle de Cueva de las manos, en el Cañadón del río
Pinturas (Santa Cruz, Argentina), de Pablo Giménez [<http://PabloGimenez.com>]

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (Palencia)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 70 12 50

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tiempo añadido

Vaya tarde, desde que salieron de viaje no ha parado de llover y, al pasar el puerto de Pajares, nieva. Es lo que tiene Asturias, aunque sea abril. El paisaje está tan blanco, laderas, tejados de casas, coches, arcenes de carretera, que sería de una belleza estremecedora con esa luz gris si no llevaran tanta prisa. El retraso les tiene pendientes de un hilo, sin saber si llegarán a tiempo o no de reunirse con la familia y asistir al funeral. Su marido conduciendo, ella en el asiento de al lado y atrás, su hijo, el hermano mayor y la monja. Todos laicos, y una hermana, la de en medio, la más guapa, misionera. Ha llegado en un vuelo para acompañarlos en estos momentos. Solo presencia física, porque desde que fueron a recogerla al aeropuerto no ha abierto la boca, como aquella última vez, hace diez años, cuando contó sus planes y se enfadaron con ella. No la soporta, con ese aire de superioridad, como si su vida y lo que hace fuera lo más importante de todo, por encima del esfuerzo de los demás, buscarse el pan, educar a los hijos; ella, mante-

nida por una multinacional como la iglesia y sin tener que preocuparse por nada, con ese egoísmo de pensar que el mundo gira en torno a lo que hace y, además, lo vende como un acto de suprema entrega. Sigue siendo muy guapa, el clima de la India le sienta bien, no tiene arrugas en la cara, aunque sí una expresión distinta, de cierta decepción. Eso le gustaría pensar, que las cosas no han salido como ella o su dios creyeron. Es difícil buscar tan lejos lo que no se encuentra en la esquina. Si Libertad, reconvertida con el nombre de Inmaculada porque el otro no era sacro, hubiera nacido en otra familia, habrían estado orgullosos de ella, todo lo más habrían pensado que para irse a las misiones podría haberse quedado en el país, que también hay mucha miseria y, de paso, al llegar los padres a la vejez ¿quién mejor que la monja para cuidarlos? Pero lo sorprendente de Libertad *nunca la llamará Inmaculada, qué prepotencia a la hora de escoger el nombre*, es que surgiera en esa familia. ¿Qué lo motivó? En cambio, ella es una simple mortal, sin gracia salvo para atender a la familia, el trabajo y la casa.

¿Cuánto tiempo hace que no va a un funeral? Ha debido de ir a dos o tres en su vida, no más, la abuela, una tía, su padre. Y ahora, este. Y va porque es el de su madre, aunque le fastidia la presencia de la monja. Recuerda la última discusión, cuando se enfadó con ella por irse a las misiones. No lo ha entendido ni lo hará. Pero hoy no es el mejor día para rencores.

Ya falta menos, con un poco de suerte llegan a tiempo. Y todo por el restaurante donde comieron tras

el acto en la playa y lanzar las cenizas al mar, menú del día, mejor aquí, acabaremos antes, somos muchos y en otro sitio nos eternizaremos. El argumento estuvo bien, la realidad fue, sin embargo, muy diferente. Entraron a las dos de la tarde y a las tres y media les sirvieron el primer plato del menú, anda que si piden a la carta... nerviosos, angustiados, con la vana esperanza de que, al menos, a partir de entonces todo iría rápido. Pero no. A las cinco y media, sin postre ni café, el segundo plato a medio acabar, bronca con el camarero, el cocinero que sale a dar explicaciones, es que tenemos muchísima prisa, salimos de viaje, no se preocupen, enseguida estoy con lo suyo, ha habido un problema pero ya está solucionado. Respirar hondo, no queda otra, pagar y salir corriendo al funeral, dentro de dos horas y a doscientos kilómetros. Al salir, el camarero reparte tarjetas del restaurante: Disculpen, hemos tenido un cocinero de menos, cuando vuelvan mejor reserven mesa por teléfono. Sí, aquí la primera y la última, como que van a volver.

Mira el reloj. Están entrando en la ciudad, suena su móvil.

2

—Ha llegado la hora de ingresar a mamá.

Es algo que nadie se había atrevido a decir hasta ese momento. Pero ya se ha soltado, hay movimientos nerviosos, alguno se revuelve en la silla, otros se llevan las

manos a la cara o se cruzan de brazos. Uno de ellos pregunta con voz suave, sabiendo de antemano que lo que va a decir es una tontería: ¿no queda otro remedio? No, no queda. El alzhéimer ha causado ya un efecto tan devastador que no reconoce su propia casa, habla de otra, estará en la infancia, ni sabe quiénes son sus hijos, no puede hacerlo porque su edad mental andará por los tres años y solo balbucea, habla de su papá y mamá, de sus propios hermanos.

Hay que buscar una residencia en la que se sienta a gusto, con mucha luz, tranquila, sin crucifijos en las habitaciones, y empieza la búsqueda tachando las públicas, no la admiten porque tiene pensión; luego las concertadas, esta no, la habitación es demasiado pequeña, esta demasiado oscura, esta demasiado lejos, esta no tiene jardín, hasta encontrar una en la que todos están de acuerdo, es curiosa esa manía de aprobar las cosas por unanimidad, cuando luego no se respeta. Vendrán los cálculos, lo que hay que poner, con la pensión no alcanza, peluquería y corte de uñas aparte, quién se presta a llevarla, mejor entre tres, que no se lo cargue uno solo. Hay que marcar la ropa, algo cómodo, han dicho, pantalones de chándal, camisetas, jerseys, chaquetas, calcetines; ella se encarga de hacerlo como cuando cosía para sus hijos en los campamentos de verano. El dolor se engancha al estómago, sensación de abandono, que no, que no se abandona, estará mejor atendida, conque cada hijo vaya un día a la semana siempre tendrá visita, pero es duro, duro, duro, coser su nombre en calcetines y bragas y mantas y pantalones y...

es para siempre, ya no saldrá de allí, ¿y si no se acopla? Mejor no pensarlo, no queda otra, y cose con ella delante, baba colgando y mirada infinita. Solo atiende al roce o al abrazo, entonces sonrío, se le ilumina la cara y dice: ¿Tú quién eres? Ay, mamá. Y ella contesta: ¿Mamá?, ¿dónde está mi mamá? Y se altera, y entre todos deciden que a partir de entonces la llamarán siempre por su nombre de pila. Nunca más mamá. Mamá se ha ido del todo. Solo queda un cuerpo encogido. Una mano delgada, temblorosa. Pañales. Pies que arrastran. Ni una arruga en la cara. Aunque esté consumida. Adiós mamá, ya no contestas, estoy aquí, a tu lado, mírame, soy tu hija, no conté para ti, necesidad de buscarte y tú siempre tan adusta y castellana. Ahora me vengaré, te pienso achuchar aunque no quieras, no puedes escapar a mis caricias, ahora las agradeces, ahora que no sabes de dónde vienen ni quién te las da, ahora que no las identificas. Ya no te limpias los besos ni retiras la cara ni sueltas la mano cuando te la quiero dar, ya no te sueltas de mi brazo cuando te saco de paseo ni te avergüenzas de ir a mi lado ni yo me avergüenzo de ti. Ser desvalido, frágil, miedo a romperte, el cobijo. Cuidar y perdonar el pasado, sorprendidos por su reacción en la residencia, la sonrisa, empujar las sillas de ruedas de los inmovilizados. ¿Qué pensará?, ¿en cochecitos de bebés?, ¿en ayudar? Y la frase de las cuidadoras: Qué buena mujer, ha debido de ser tan dulce y cariñosa, y los hijos se miran extrañados, cómo es posible que se cambie tanto, y afirman, sí, sí, qué más da, si ya es otra, si no es mamá, si ya no tiene hijos, solo visitantes que la acarician y besan y sacan de paseo al jardín

donde da el sol y le ponen flores en la mesita y le riegan las plantas que le regalan y la rodean de muñecos, osos de peluche y fotos infantiles, las únicas que admite y no tira de las estanterías, niños ajenos mezclados con los nietos que han crecido pero para ella congelados en el tiempo.

3

Baja la música del coche para atender la llamada del móvil: Sí, hemos estado allí... sí, en el Brisa del mar... no, ahora mismo no, estoy a 200 kilómetros... ¿Quién es usted? ¡No puede ser! ¡Ahí va!, no se preocupe, lo arreglamos, entendido, antes de las cenas...

Cuelga el teléfono, mira hacia atrás y dice: Era la policía. ¿Qué ha pasado? A ver, pensad... Risa nerviosa, esa que me da tan a menudo, que me hace parecer una frívola aunque esté temblando por dentro, cuesta hablar, ellos preguntan: Venga di, qué ha pasado, nos tienes en ascuas. De repente el mayor cae en la cuenta, la monja no sirve para esto, sigue con cara de pasmarote sin entender nada. ¡Mamá!, dice el mayor. Ella asiente con la cabeza, mira a Ernesto, que va conduciendo, todos caen en la cuenta, sin articular palabras, que brotan de la boca del hermano mayor: ¡Nos la hemos olvidado en el restaurante! La película en secuencia rápida, las prisas, la comida atragantada, salir corriendo para llegar al funeral... ¿Y cómo han dado con el móvil? Por la chapa con su nombre que hay en la urna. La policía ha localizado a

los tíos y ellos han dado el número. Ante la situación, la monja saca el rosario y se pone a rezar, como si eso arreglara el problema. ¿Y qué hacemos? Hay que recogerla antes de que empiecen las cenas, si no, saldrá el atestado en los periódicos, eso han dicho, aunque a mí me da igual. ¿Y qué les has contestado? Nada, solo que lo arreglaré, ya sabes, a la policía ni mu, a lo mejor nos multan por haber contaminado el mar. ¿Tenéis la tarjeta que nos dieron en el restaurante? ¿Quién llama? Yo no. Yo tampoco. Venga, llama tú. Sí, claro, no hay otra para comerse marrones. ¿A quién conocemos en esa ciudad? No pueden volver ahora, no llegarían antes de la cena y encima se perderían el funeral.

Llama al restaurante, aguanta con cara de resignación: No se preocupe, sí, lo arreglamos antes de la cena, no es exacto, está vacía, no creo que haya que llegar a eso, ¿qué pinta la prensa? No, no queremos salir en ella. Ya sé que es insólito, que la gente no se olvida de eso, pero nos ha pasado.

¿No se os ocurre quién puede recogerla? Su hijo habla de una amiga nacida allí y, aunque vive en Madrid, va mucho a ver a su familia. ¡Llama, a ver si está, es fin de semana, ojalá demos con ella! Si no la localizan, habrá que dejar a todos en el funeral y Ernesto y ella volverán a hacerse los 200 kilómetros. Con este tiempo, lluvia y granizo en el mes de abril. Un bloqueo en el estómago, buscar la mirada del hijo siempre la tranquiliza, el punto de sensatez que le falta. Su hijo llama, no ha habido suerte, su amiga está en Madrid, hay partido de fútbol y el equipo local del que es seguidora juega en el Bernabéu.

Pero no te preocupes —le dice su amiga—, mi madre vive cerca del restaurante, ya le digo yo que la recoja, no le importa, de verdad, ella se encarga. Suspiran aliviados, bendita mujer, vuelve a llamar al restaurante: Una íntima amiga de la familia irá a recogerla, sí, lo sé, antes de que empiecen las cenas... Qué pesados, al fin y al cabo no molesta, pero cada uno tiene sus manías, con lo mal que nos han servido vienen con exigencias y amenazas, que si la policía, que si en los periódicos de mañana. No me puedo preocupar de eso. He de afrontar a mis tíos y primos, sus caras de extrañeza, la sorpresa de que nos hayamos olvidado precisamente de eso.

4

Está al lado de su tía, en la capilla de un colegio, es pequeña, mejor, tampoco son tantos. Los primos y ellos. Ha apagado el móvil, tras muchas llamadas del restaurante que no ha querido coger. El calor, la iluminación tenue, ese olor especial que se desprende en estos sitios, la somnolencia... para evitar el sopor se pone a pensar en otra cosa, incapaz de seguir con atención la misa.

¿Acaso la dureza de mamá tuvo que ver con su vida y no con su carácter? Lo ha pensado mucho desde que entró en la residencia. Ese deterioro progresivo, sin dar la lata, sentada en una silla hasta la hora del paseo, sonrisa de boba, la dulzura en su quietud, nada que ver con ese caparazón que la ha acompañado durante toda su vida. Acaso por los tiempos duros en su infancia, lo que

contaba, aunque poco, de los registros en casa, pueblo de montaña y maquis, aquella situación que, aunque luego cambiara y tuviera una vida aceptable hasta la pérdida de conciencia, memoria pez, fue lo que quedó grabado. ¿Habría sido igual si nada de eso hubiera ocurrido? Cuando va a la residencia siente que no es su madre, pero la prefiere así, dulce, frágil y desvalida. Le gusta esa mamá más que la anterior. Hace meses que se ha despedido de ella y ha cubierto casi la fase del duelo, lo de ahora es un tiempo añadido, un regalo que acepta de alguien que fue su madre, ese tiempo muerto en ella para regalarle otro diferente, sin reproches, malas caras y mandatos. A ella no tiene que enfrentarse para seguir su camino, es una añadidura, una bifurcación que está ahí como un regalo, que pone en evidencia la fragilidad de los humanos. Dependientes la mayor parte de la vida, al nacer, en la infancia y al llegar a viejos. Solo en la edad intermedia, que en muchos casos ni siquiera es la mayoritaria, se consigue cierta autonomía. Y esa etapa saca a la luz lo peor de cada uno, asoma el monstruo interior: el competitivo, el prepotente, el hacedor, en definitiva. ¿Por qué piensa todo esto? ¿Es acaso una justificación de su propio fracaso?

En la residencia le cuenta a su madre todo lo que piensa y opina sin esperar respuesta. Es una forma de reconciliarse, Hay que ver cómo me puteabas, le dice con una sonrisa. Y le doy un achuchón y ella sonrío y se deja acariciar. ¿Te acuerdas de cuando me castigabas a dormir en la bañera?, pero no, cómo vas a acordarte si no sabes quién soy. Y ella sonrío porque yo lo hago.

Y así he ido reconciliándome con ella, o lo que queda de ella, en un monólogo al vacío hasta la desesperación, hasta desear ya su muerte, esto no es vida, mamá, por piedad debería haber otro sistema, solo pesas 35 kilos.

En Navidad la llevan al belén que ponen en el vestíbulo de la residencia, se come una oveja y esconde en el bolsillo un rey mago, la peinan como Taras Bulba, le sacan fotos, se deja hacer. A veces se cae de la cama, o bien se tropieza al andar. La encuentran con un moratón en la nariz o en la frente. Otros ancianos, cuando se caen, le cogen miedo al andar y piden una silla de ruedas. La sinmemoria no recuerda su caída y al día siguiente vuelve a caminar. Eso la mantiene. De vez en cuando la colocan en una bici estática y se queda tal cual hasta que alguien le mueve los pies y ella sigue, movimiento autómatas, luego se para, muñeco sin pilas.

Y llega el fin. De nuevo unanimidad, ayudarla. Se habla con la dirección y sin problema. Ocurre. Sin trauma, sin agonía. Solo queda cumplir su voluntad, expresada antes de que se le fuera del todo la cabeza: No quiero estar para toda la eternidad con mi marido y mi suegra; mis cenizas al mar donde nací y pasé la infancia. Cumplen con su deseo, aunque tuvieran el incidente del olvido, aunque soportaran los reproches de la tía: Mi hermana, abandonada en un bar de carretera, que no tía, que está en el mar. ¿Que por qué no somos una familia normal? Eso no existe.

5

Ha llegado el paquete por mensajería urgente. Abren la caja sabiendo de antemano lo que es, pero les ha extrañado el envoltorio que trae. La dejaron olvidada en una bolsa de material reciclable, no en aquello. Averiguan el proceso de reenvío. La mujer —madre de la amiga del hijo— se acercó a recogerla, sí, pero al finalizar el partido de fútbol, que se retransmitía por televisión. Para entonces ya era la hora de las cenas y una dotación policial la había trasladado a comisaría. Desde allí, al tanatorio, los únicos con competencias en esa materia. El mismo circuito que recorrió la mujer desconocida, convertida en amiga íntima de la familia, para recuperarla.

Ahora permanece en la casa del pueblo, adornada por geranios, entre caballos y perros, que tanto le gustaron. Hay también un huerto que da los mejores tomates y calabacines de la zona.

Índice

ESPACIO

- 13 El espacio es cuestión de tiempo
- 17 La casa de los veranos
- 27 Influjo lunar
- 37 Erupciones solares
- 47 Fuga
- 49 Desde la ventana
- 57 Vaivén
- 59 Por las calles
- 61 Alamirré
- 65 Una jaula con vistas
- 71 Estrella dulce
- 73 África

TIEMPO

- 83 Tiempo añadido
- 95 Un segundo, cinco minutos
- 97 Alicia según Chuang Tzú
- 99 La primera derrota

- 101 Razones de locura
- 103 Azar
- 115 Peluscos
- 119 Venganza
- 121 La cara del camello es alargada
- 135 Desde que te vi con la pata de palo